



Los ojos

Richard Burton



o quedan más que algunas ruinas de piedra a cierta distancia de la carretera principal; sus constructores habían huido de los demonios de Los Ángeles en busca de algo mejor. Eran unos idealistas. Su pequeña sociedad duró unas pocas décadas y finalmente se disolvieron debido a la sequía y a las discrepancias. Las piedras permanecen, intactas y monumentales, excepto una o dos que los conductores se han llevado como recuerdo.

Una vez al año, un grupo de actores utiliza las ruinas como escenario de teatro al aire libre; la noche congrega a un buen número de asistentes y se presentan al menos 200 personas con sus sillas y sus refrescos. El grupo representa generalmente a Shakespeare; no utilizan ningún atrezzo, excepto algo de iluminación bastante sofisticada que montan sobre algunas chimeneas y pilares de piedra.

El año pasado, la compañía representó *El Rey Lear*. Fue todo un acontecimiento, en el que uno de los actores más famosos de Hollywood formó parte del reparto e interpretó a Lear.

A pesar de lo simple de la puesta en escena, el famoso actor estaba particularmente nervioso antes de la representación. En primer lugar, no estaba acostumbrado a actuar en directo y, además, habían pasado muchos años desde la última vez que había representado a Lear.

Se sentía sorprendido y al mismo tiempo satisfecho por esa ansiedad; le evocaba miles de recuerdos. Incluso le recordó su remedio particular: para combatir sus miedos, acostumbraba a elegir entre la audiencia un par de ojos, antes de pronunciar la primera frase, y se dirigía a ellos a lo largo de toda la representación. De esta forma, la actuación se convertía en un simple mano a mano.

El público se calló en cuanto los actores subieron al escenario de cemento sin iluminar. Era una noche oscura, de luna nueva. De repente, se encendieron las luces situadas sobre las chimeneas y los pilares, y allí estaban algunos de los actores, con Lear y sus hijas a un lado. Lear analizó a la audiencia, hasta que encontró unos ojos como no había visto nunca antes en su vida. Eran unos ojos rebosantes de compasión y de autenticidad. Avanzó hasta el centro del escenario y pronunció su primera frase, directamente dirigida a aquellos ojos.

Su fascinación por ellos iba en aumento según se desarrollaba la obra. Se convirtió en una representación del amor; nada era demasiado profundo o sutil para aquellos ojos. No transcurrió mucho tiempo antes de que el actor comenzara a imaginar los labios, las mejillas, el cabello. Había ciertos puntos en el escenario desde los que se podía conseguir una visión un poco más iluminada de aquellos impresionantes ojos. El actor se descubrió an-



Llorabas pidiendo la Luz

El camino ante ti ya no tiene obstáculos
De la oscuridad más profunda has pasado
A una inmensa luz

Hoy has nacido de nuevo al amor
Escuchas con Sus propios oídos
Y ves a través de Sus ojos

Llorabas Pidiendo la luz
Y el mundo entero se llenó
Con el fulgor de Su amor

Ahora por donde quiera que vas
El continúa mostrándose
En la sonrisa de un niño al volver a casa
Y en cada persona que encuentras

Llorabas pidiendo la luz
Y has irrumpido de lleno
En una infinita galaxia

— ROB STERNAU

helando llegar a esos puntos, a esos momentos.

La representación se convirtió en algo secundario. En un momento dado, los ojos desaparecieron; el primer sentimiento del actor fue de alivio, unido a un profundo sentimiento de fracaso. Rápidamente, sin embargo, el alivio desapareció y se sintió embargado por una aniquilante sensación de pérdida y de ansiedad. Era como una resaca después de un largo trago de belleza:

*Nadie apuró una sola copa de Tu vino
sin que, al día siguiente,
cientos de jícaras llenaran de sangre
la agonía de su languidez por Tus ojos.*

Pasaron años, tanto en la representación como en el corazón del actor. Los ojos reaparecieron, coquetos y misteriosos. La atracción se había vuelto adicción:

*Damos vueltas y nos agitamos
en los cabellos de nuestra Amada
borrachos y solos
por el ojo de la Amada.*

El actor dejó de ser consciente de la representación; por momentos, se sentía enfadado por la palabrería y el movimiento de los actores, que parecían totalmente ajenos a aquellos ojos.

Las palabras fluían por sí solas;

aunque se reía donde otros Lear habían llorado, y lloraba donde otros se habían alegrado. Otros habían representado la locura de Lear y él la vivió. En el momento cumbre del desvarío de Lear, sus pies comenzaron a bailar espontáneamente. El libreto quedó al margen; bailaba alegremente en la fresca luz de la eternidad.

Finalmente, acabó la representación. Los asistentes ovacionaron en pie a los actores; cuando los aplausos se centraron en Lear, sintió como si las rocas estuvieran en movimiento. Pero el actor apenas los escuchaba: su corazón estaba con los ojos.

Los actores le rodearon en el escenario, dándole palmadas en la espalda y apretándole la mano hasta que se sintió abrumado. Estaba exhausto, y su único interés era localizar a la propietaria de los ojos entre la multitud de personas que ya se estaba marchando. Consiguio librarse de todos. Buscaba desesperadamente. Los espectadores intentaban felicitarle pero él pasó de largo.

Cuando todo parecía perdido, los encontró. Nunca había experimentado una conmoción semejante. Aquellos ojos perfectos estaban allí, mirando fijamente, compasivos como un río de almas. Pero pertenecían a un perro: el perro-guía de un anciano ciego.

Se acercó al perro completamente estupefacto. El mundo parecía todo uno en aquel momento. Prevalecía la unidad. Los ojos se convirtieron tan sólo en un relámpago de luz desde la bella y majestuosa nube del conocimiento; a cada momento aparecía un nuevo relámpago, misterioso y perfecto.

Fascinado, el actor se incorporó. Y el perro comenzó a andar, guiando al anciano entre las rocas y los arbustos.

